

MUJER DE NEGRO

Fue un día soleado, pero la tarde era nublada y una lluvia fina soplaba con el viento por las calles vacías de gente.

Antes de ese cambio de tiempo, la misma gente había llenado calles, callejones, plazas y avenidas hasta abarrotarlas. Tanta gente que nadie reparó en una mujer.

Esa mujer, la que por azar apareció ante los ojos de cierto fotógrafo de publicidad. Sin embargo era simple: retratar lo bonito que son los domingos por la mañana en la bella ciudad.

Aunque él, personalmente, encontraba difícil la tarea, no ya por lo imposible que es buscar la belleza en una ciudad cualquiera ahogada de cemento, sino porque los domingos eran su peor día de la semana.

Un comienzo perfecto, sin trabajo, levantarse a cualquier hora, pero según avanza el reloj, el fantasma de cada lunes va ahogando el optimismo dominguero y conduce a la desesperación.

Así se explican las películas de cada tarde de domingo, intragables cualquier otro día de la semana, entre otras muchas cosas inclasificables.

Aparcó las cuestiones filosóficas y el coche cerca de una céntrica plaza que más o menos parecía antigua, sombreada por varios árboles (estos si que eran antiguos) y con niños jugando.

Palomas vagando por encima y una fuente en el centro un poco oxidada completaban la estampa idílica que él buscaba.

Por suerte el olor a contaminación no sale en las fotos.

Una vez preparada su cámara, y tras unos momentos de reflexión, buscó el ángulo, buscó la luz, buscó el encuadre y disparó varias veces. Probó otros motivos diferentes y concluyó su tarea sin novedad.

La sorpresa llegó al revisar cada imagen para seleccionar la que sería reclamo turístico de la ciudad. La que aparecería durante todo el año en anuncios por todo el país. Demasiadas exigencias para la primera serie que tomó en la plaza.

Aunque no era por el ángulo, ni por el encuadre, ni por la luz. La fotografía mostraba un fondo verde y azul que estaba salpicado de palomas en forma de manchas blancas por arriba, unos cuantos padres, madres, niños y niñas en grupitos estratégicos que parecían haber posado espontáneamente, un macizo espeso de violetas en primer plano y una mancha borrosa entre ellas.

Un examen más detallado le permitió distinguir que la mancha, si bien daba la espalda a la cámara, era una mujer de silueta elegante, como de otra época.

En la siguiente instantánea de la serie, la mujer aparecía bastante menos borrosa y también bastante más inquietante. Sobre el mismo fondo de antes, ahora corría con unas botas muy altas y muy negras, un vestido violeta que se confundía con las flores cercanas del mismo color, y una estola infinita, negra también, envolviéndola.

Semejante personaje daba solera al parque, pero tampoco desentonaría en una película de cine negro americano de antaño. El cabello caía pulcramente hacia un lado, ocultando el rostro en parte, excepto la barbilla desafiante de piel clara y boca firmemente cerrada. Esta barbilla sorprendía por la luz que desprendía, como si su dueña, señora o señorita, se hubiera tragado, encendida, una bombilla de cien vatios. Y para rematar, por si no hubiera bastante, las manos sujetaban enrevesadamente una flor encarnada, la guinda del pastel.

Una imagen extraña, demasiado bonita para desecharla. Tal vez no sirviera como anuncio turístico, pero...

"Turbadora", "inquietante" o "el misterio personificado" fueron sólo algunas de las palabras que describían la fotografía cuando pasó a ser icono artístico, y como tal, criticada, venerada e imitada hasta el fin.

Ningún otro fotógrafo había igualado aquella estampa. Él tampoco la

habría conseguido de haberlo planeado con anterioridad.

Y estas eran sus reflexiones unos años después de aquel domingo lluvioso. Desde entonces tenía mucha más fama y mucha más fortuna, y también, tiempo libre para pensar.

Las calles desiertas de la ciudad, muchas lluvias después, eran pasto de turistas que seguían la estela de la "mujer de negro", esperando tal vez encontrarla en alguna plaza antigua en apariencia, sombreada por árboles, con alguna fuente oxidada de flores violetas.

Igual de turbadora seguía la mujer, y los años no restaban luz a su piel ni oscuridad a sus ropas, gracias a la magia del papel fotográfico.

Ella reinaba ahora en el salón del ático del fotógrafo, sobre la chimenea, y desde mucho antes, en sus pensamientos, en sus temores y obsesiones.

Muchas veces se había preguntado quién era ella, si realmente era de verdad. Necesitaba más que nunca conocerla, ver que cara estuvo tras la cortina de pelo castaño, por qué se envolvía en una capa negra.

Tantos misterios y tanto azar, y toda la espuma que hizo subir la obra al pedestal del arte moderno...

Necesitaba respuestas, así que caminó hasta la plaza que él conocía muy bien (ya no le hacía falta un coche), y retomó las mismas cuestiones que aparcó frente a ella años atrás.

No sólo la plaza era antigua. Algún que otro edificio había sobrevivido alrededor. Uno de ellos era una iglesia baja, encalada y con tejas de barro. Y justo entonces se celebraba allí un funeral. Caras sombrías y trajes negros sombra. La mujer de negro podía haber aparecido allí perfectamente.

Podía haber sido una mujer con prisa, que corría hacia un funeral.

El resto fue pura casualidad. Él estaba en el sitio adecuado y en el momento adecuado. A pesar de esto, se negaba a creer que todo se redujera a una casualidad. Entonces, ¿todo lo que tenía lo había conseguido por él mismo o por el "destino"?

Sumido en sus pensamientos, volvió a su casa.

A la lluviosa mañana siguiente, domingo, miró la gran fotografía del salón.
Ahora a la luz de su piel se sumaba la luz de una sonrisa.

La mujer de negro, turbadora, inquietante, el misterio personalizado,
sabiéndose fruto de la casualidad, sonreía.

FÉLIX DOMÍNGUEZ VÁZQUEZ, 15 años.

Huelva